

des bibliotecas de la segunda mitad del XIX. En un espacio único y circular en el caso de la Biblioteca Británica (1823-57), diseñada por los Smirke, o articulado en grandes edículos como la sala de lectura (1868), corazón y símbolo, hasta hace poco, de la Biblioteca Nacional francesa en su antigua sala de Richelieu, obra de Henri Labrouste. La disposición de este espacio emblemático en el centro del edificio, rodeado de libros, correspondía además a una organización en que los fondos estaban, en su gran mayoría, ocultos al público, y eran servidos desde los depósitos con un punto central de distribución, siendo así lo único visible de su función el trabajo de los investigadores en la gran sala que se convierte en símbolo visible de la Institución.

Boullée proponía en 1780 en su *Vista de la nueva sala proyectada para la ampliación de la Biblioteca Nacional* un gran espacio abovedado en que los libros eran los verdaderos protagonistas. En 1785 defendía su punto de vista en un pequeño panfleto titulado *Memoria sobre los medios de procurar a la biblioteca del Rey las ventajas que este monumento exige*: «Profundamente conmovido por la sublime concepción de Rafael, *La Escuela de Atenas*, he determinado llevarla a la existencia... La biblioteca tiene varios problemas. Hay un espacio insuficiente para albergar los libros. Están, también, diseminados por varias galerías, lo que hace que el servicio sea lento y la supervisión un problema... mi diseño transformaría un patio, de 300 pies de largo y noventa pies de ancho, en una inmensa basílica iluminada desde arriba... Porque nada puede parecer más grande, más noble, más extraordinario, ni tener una apariencia más magnífica que un vasto anfiteatro de libros. Imaginad este vasto anfiteatro, dispuesto en tercios, los empleados dispuestos de forma tal que puedan pasar los libros de mano en mano. El servicio sería tan rápido como la petición, por no mencionar que esto evitaría el peligro que a menudo resulta del uso de escaleras de mano».

Un espacio, en cierto modo similar, sería propuesto y llevado a cabo por Labrouste en la biblioteca de Santa Genoveva (1839-50), en París, enfrente del Panteón, substituyendo, eso sí, la gran bóveda por una solución técnica más acorde con los tiempos, dos bóvedas paralelas sostenidas por arcos decorados de fundición y cerrando su perímetro exterior una gran arcada, acristalada en su parte superior permitiendo el paso de la luz, mientras la inferior albergaba hacia dentro de la biblioteca una triple galería de libros y hacia afuera, en su fachada, lápidas de piedra con los nombres de los principales autores.

El paso a otras formas de gestión de los fondos con depósitos de libre acceso marcó un cambio importante en la estructura de los edificios. El arquitecto finlandés Alvar Aalto se convierte una vez más en el maestro de

unos espacios libres y controlados, en que la circulación de los usuarios y la disposición del puesto de control elevado, que permite una gestión del centro con un mínimo personal, diseñan por sí solos la planta y la sección de edificio en la biblioteca municipal de Vilpuri (1927-35). La luz natural, preciosa en esas latitudes, entra a través de una gran trama de lucernarios redondos que puntean todo su techo y se convertirá en uno de los rasgos característicos de su obra, apareciendo de nuevo en la biblioteca que realiza para la Caja de Pensiones de Helsinki (1952-56). En la ciudad de Seinäjoki (1963-65) proyecta nuevamente un espacio en dos niveles, con una parte de la sala semihundida, y con la sección de su techo cuidadosamente estudiada para introducir la luz. Las bibliotecas del politécnico de Otaniemi (1955-64), de Rovaniemi (1965-68), de Wolfsburg (1960-63) en Alemania, o de Mount Angel Benedictine College (1965-70) en Oregón, son otros tantos ejemplos magníficos del entendimiento funcionalista de su arquitectura.

Stirling concibe la biblioteca de su Facultad de Historia de Cambridge (1964-67) como una gran tienda desplegada entre las alas del edificio de la facultad, como un libro abierto que alberga entre sus páginas la sala de lectura dispuesta como un invernadero, en la mejor tradición inglesa, pero con una fácil imagen irónica de los universitarios como flores de estufa. Organiza el edificio con una disposición que permite controlar desde el puesto del bibliotecario, situado en su vértice, a los lectores agrupados en el hemicírculo en un nivel inferior, al mismo tiempo que se vigilan los depósitos de libre acceso cuyos pasillos están orientados radialmente hacia el bibliotecario vigilante. El edificio responde a una transcripción directa, funcional, de su programa. Al mismo tiempo que el despliegue estructural de la gran cubierta de cristal, sus paredes se configuran mediante superficies blancas rasgadas por los miradores que conectan visualmente con la sala de lectura, las aulas y seminarios de la facultad, semejando formas aerospaciales similares a los corredores de la nave en el filme *2001*, respondiendo así, tanto técnica como aparentemente, a una imagen acorde con el desarrollo tecnológico más avanzado.

El gran volumen de la Staatsbibliothek (1967-76) de Scharoun en Berlín alberga en su interior las distintas plantas que soportan las secciones abiertas de la biblioteca, cobijadas todas bajo la gran cubierta que proporciona unidad e iluminación.

El «qué quiere ser una biblioteca» es lo que se plantea magistralmente L.I. Kahn, uno de los mejores arquitectos de este siglo, cuando realiza la biblioteca de la escuela de Exeter. La gran escala del edificio se marca en el interior, en un espacio mítico que centra al hombre que domina desde él

toda la biblioteca a través de los colosales óculos de hormigón que revelan su interior, como una custodia, apareciendo a través de ellos las distintas plantas del depósito. Hemos pasado de la Beinecke, en la que los depósitos ocupaban el centro y los usuarios deambulaban peregrinando en torno a ellos, como en la mezquita de La Meca, a un espacio central desde el que se domina visualmente, paseando simplemente la mirada en torno, todo el conocimiento acumulado. Kahn invierte el concepto de Bunshaft y en lugar de ser los libros, el centro sagrado es el hombre, que observa y domina y selecciona, y luego se retira a la intimidad de su celda, a un espacio individualizado, a estudiar. La cultura es lo colectivo y el estudio una actividad privada, aunque evidentemente al tratarse de una universidad se exhibe en su propia fachada. Se trata de un entendimiento humanista muy distinto de los *scriptoria* medievales o de los renacentistas de Michelozzo para San Marcos o de Miguel Ángel para San Lorenzo.

Dos piezas de la ciudad

Las bibliotecas desempeñan un papel urbano clave no solamente como hito visible, como elemento primario de su trama, una de las piezas singulares que organizan su tejido, sino también como punto de referencia de su cultura, especialmente a finales del XIX, donde se disponen como el caso de Madrid en el Ensanche, en el nuevo eje Norte Sur, a caballo entre el Paseo de Recoletos y el recién creado barrio de Salamanca. En Madrid al igual que en Londres se presenta un edificio bifronte que suma las dos caras del saber enciclopédico, en nuestro caso la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico (1865), obras de Francisco Jareño, el British Museum y la British Library (1823-57) en Londres, que encierran detrás de sus clásicas fachadas, en un ambicioso programa, la suma del conocimiento de la época. No en vano se crea poco antes, en 1857, un cuerpo de nuestra Administración encargado de su conservación, los Conservadores de Archivos, Bibliotecas y Museos, y así en paralelo el edificio del Paseo de Recoletos albergaría los tres campos hasta el traslado del Archivo Histórico a un nuevo emplazamiento.

No es solamente en los grandes museos donde se mantiene ese doble juego de lo uno y lo otro en el coleccionismo del XIX. Coleccionistas privados tan importantes como Sir John Soane, que entre las piezas de su casa museo incluía el sarcófago de Seti I, una de las esculturas del Erecteion y una de las mejores colecciones de Hogarth, eran a la vez grandes bibliófilos. Las instituciones académicas simultaneaban los dos campos; la Escue-